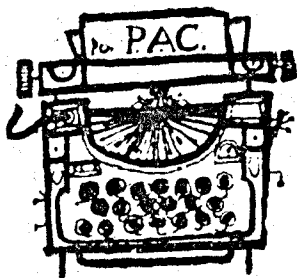


Diálogo Con Un Lector...



No hace falta decir de quién se trata. Es un lector que siempre disiente conmigo y en eso numerosas veces coincide conmigo.

Procuraré reconstruir nuestro diálogo de esta semana.

—En la mayor parte de sus “Escritos a Máquina” noto cierta suspicacia cada vez que se refiere a la técnica o a la máquina. Ese artículo sobre el hombre en automóvil está basado sobre realidades que no voy a negar, pero hace miles de años pudiera haberse escrito uno análogo sobre el hombre a caballo.

—Vamos por partes. El Padre Azarías Pallais decía que “sus-picacia” significaba picar por debajo. ¿Será esa mi actitud? Como escritor yo sé que sin técnica no hay obra lograda, pero también sé que si exagero el valor de la técnica mi obra se hace retórica y al faltarle vida se frustra.

—Pero aquí necesitamos desarrollar en grado suma la técnica. Sin ella seremos siempre unos subdesarrollados...

—Precisamente porque estamos metidos en ese desarrollo de la técnica y de la máquina es que insisto en señalar y en advertir no sólo sus peligros, sino sus alcances y sus limitaciones. Lo peor que nos puede pasar es que nos excedamos en apreciar los valores técnicos —despreciando los valores espirituales— porque entonces en vez de desarrollarnos armoniosamente como civilizados, nos hundiremos en una barbarie mucho más peligrosa por cuanto será una barbarie mecanizada y técnica. Por ejemplo, un torturador ¿no es mucho más peligroso, desde el punto de vista humano, si a su crueldad y a su falta de respeto por el Hombre agrega técnicas psicológicas y máquinas eléctricas de torturar? Un criminal o un hombre jayán ¿no es mucho más peligroso en el timón de un automóvil que sin ese poder en sus manos?

Luego hay valores superiores que si se pierden hacen peligrosos los valores técnicos. Usted me hablaba que también hubiera podido escribirse igual cosa, hace milenios sobre el hombre-a-caballo. Cierto! Pero fíjese que el hombre a caballo produjo dos prototipos: el hombre dominador y el caballero. Lo primero que hizo el hombre al descubrir el poderío del caballo fue dominar a sus semejantes peatones. Los primeros imperios o dominaciones surgieron de ese aumento de estatura y de poder de los hombres a caballo. Pero también hubo una réplica de lo civilizado que logró envolver en formas humanistas esa tendencia monstruosa del Centauro y así nació la cultura del hombre ecuestre hasta crear el paradigma del caballero. Todavía llamamos caballero al hombre que ha dominado al bruto. Cuando yo escribo “con suspicacia” sobre la máquina es para que no perdamos de vista nuestra superior obligación humana de dominarla.

—Pero usted insiste siempre en el aspecto cristiano. Hay muchas soluciones humanistas que no son cristianas.

—Yo soy cristiano de manera total precisamente porque creo que es Cristo el único que salva lo humano de manera también total.

—Yo creo que lo más humano es solucionar, en este mundo, el problema del hombre y que ese problema es fundamentalmente económico.

—Yo creo también que “en este mundo” nuestra lucha debe ser principalmente dirigida a mejorar la condición humana. El amor al prójimo es el principal mandamiento del cristiano.— Pero ni siquiera en este mundo la solución económica descifra todo el problema del hombre. Si así fuera, el arquetipo del hombre feliz y logrado sería el hombre rico. Pero nosotros sabemos que un hombre rico puede ser un hombre absolutamente infeliz. Si ampliamos el concepto, la experiencia también nos enseña que “las leyes económicas dejadas a sí mismas no conducen al reparto justo de las riquezas y que la sola organización científica de la sociedad no asegura el florecimiento de las libertades o de la justicia”. En otras palabras: “los progresos económicos y técnicos son ambivalentes y pueden servir tanto para esclavizar al hombre como para liberarlo”. El cristiano debe darle todo su impulso al desarrollo de esos factores del progreso que ayuden al hombre, pero no perder de vista el corazón del hombre que es el que puede usar mal o usar bien esos instrumentos. El Cristiano no cree en regímenes perfectos porque el cristiano cree en el pecado. Por eso su lucha es en dos frentes: mejorar el mundo, pero sobre todo, mejorar al hombre.

Naturalmente mi interlocutor no quedó convencido. “Hay mucho que hablar”, me dijo. Y se fue.

PABLO ANTONIO CUADRA.